

La Iglesia del «Desaparecido» de Pascua

Louis Simon*

«**U**NA zona de turbulencia teológica»: así comenzaba el pastor Louis Simon la intervención para presentar su libro, *«Mon» Jesus, conjunto de veintitrés sermones, «veintitrés buenas noticias, veintitrés bocanadas de aire»*. Explora aquí en estas páginas cuatro preguntas que él mismo califica de «irritantes» o incluso de «perturbadoras para todo predicador»: 1. ¿Cómo la palabra de Jesús puede encontrarnos a nosotros? 2. ¿Qué es lo que Jesús nos enseña verdaderamente de nuevo acerca de Dios? 3. ¿Cómo hay que recibir el evangelio de la no-violencia del sermón del monte? 4. ¿Cómo seguir siendo una iglesia del día de Pascua?

«Puedo dar la impresión —decía el autor— de proponer aquí respuestas a estas cuatro preguntas». Pero, añadía a continuación, «en realidad sobre todo deseo que no se olvide que la interpelación es pertinente...».

* Pastor de la Iglesia Reformada, colaborador de la revista *Études* (n. 3903), publicación de los jesuitas en Francia. La versión castellana está ligeramente condensada (N. de la R.)

1. ¿Cómo la palabra de Jesús nos sale al encuentro?

AL comienzo de su ministerio, Jesús se encontraba con facilidad con sus contemporáneos. Podía abordarles sin condiciones previas. La gente lo apretujaba para poder escucharle. Pero en seguida se complicó todo. Es precisamente su éxito el que hizo más difíciles los encuentros, cuando ya no era un nombre, sino que se convirtió en un «renombrado», cuando ya no era una persona sino un personaje: un héroe religioso. En aquella época el mundo entero era un universo religioso. Mágico y metafísico. Los dioses reinaban en todas partes como señores absolutos. Sin ellos ni existía ni se hacía nada. Los propios seres humanos no tenían autonomía alguna: vivían constantemente teledirigidos desde lo alto. Es éste precisamente el entramado que Jesús quería romper. Y ésta es precisamente su Buena Noticia: ser hombre libre es algo posible.

La religión funciona en todas partes de la misma manera. Se asienta sobre esta radical desigualdad: de un lado, el dios que lo tiene todo, lo puede todo, lo sabe todo; a su lado, el hombre que no tiene nada, que no puede nada, que no sabe nada. Y la religión debe responder a esta cuestión: ¿cuál es la mejor estrategia posible para conseguir que el que no tiene nada reciba algo del otro?

Con su fama creciente, Jesús se encontraba en la situación de reconstruir aquel esquema religioso que pretendía destruir. Se convertía en alguien que tiene. Se convertía en el héroe religioso de los otros, dispuestos desde entonces a cualquier cosa para alcanzar de él algunos beneficios. Ahora que se le tenía por rey, alrededor de él no había sino cortesanos. Ahora cuando se le creía todopoderoso, alrededor de él no había sino esclavos voluntarios. Ahora cuando se le creía Señor y Maestro, a su alrededor no había otra cosa que cachorros bien amaestrados que se portaban bien para conseguir un terrón de azúcar.

A nosotros puede pasarnos algo parecido. De tal modo se nos ha dicho que desde su nacimiento ya era un Dios que se hace hombre que, en cuanto se nos habla de él, se tiene mucha prisa para hacer de él un dios. Y estallan de golpe todas las desigualdades. Ya no hay acceso en plano de igualdad, ya no hay cara a cara, de un hombre a hombre. El encuentro queda truncado. ¿Y cómo entender entonces su evangelio como liberación de mi religión?

Haría falta, lo mismo que los primeros días en Galilea, poder encontrarlo otra vez con toda facilidad, de persona a persona, de hombre a hombre, fuera del prisma religioso. Entre nosotros, ¿hay alguien para quien Jesús

se haya quedado en un hombre? Para cada uno de nosotros, ¿no se ha convertido inmediatamente en un personaje divino? Desde entonces, el reencuentro queda falseado. Jesús está prisionero de nuestra leyenda cristiana. Roland de Pury decía: «Hemos hecho de él un ídolo cristiano».

Mi primera pregunta: ¿Somos capaces de borrar esta leyenda, aunque sea por poco tiempo, para descubrir el rostro olvidado del hombre de Nazaret? ¿Tendremos el coraje necesario para proceder a este desvelamiento? ¿Cómo reencontrar a Jesús, no como un dios, sino como un hermano? Así dejaremos de ser cortesanos, clientes, mendicantes, cachorros amaestrados... Abordar a Jesús no como un dios, sino como un hermano. Servir y amar a Jesús no como un ídolo, sino como alguien cercano y como un verdadero amigo.

2. ¿Qué es lo que Jesús nos anuncia verdaderamente nuevo acerca de Dios?

EN los primeros evangelios, Jesús con sus palabras nos revela el secreto del Dios del evangelio. Nos dice algo nuevo. Es toda una serie construida sobre el mismo tema: la partida de Dios, su retirada voluntaria. «Como un hombre que se va de viaje y delega sus poderes en sus servidores...». Evangelio completamente nuevo, que exige una gran valentía de aquel que lo quiere anunciar en un ambiente tan religioso como el de Israel, y que exige mucha fe si es que se quiere vivir.

Se trata de un hombre que alquila su viña porque se marcha lejos para mucho tiempo; o también de un rey que hace un viaje para confirmar su investidura en un país lejano; o de un señor que se va lejos para celebrar sus bodas; o de un sembrador que abandona su campo a la hora en que llega el enemigo para sembrar cizaña... Se nos revela así el secreto extraño del Dios del Evangelio: se repliega voluntariamente para crear espacio de libertad para un hombre libre: «Me alejo pero te confío todo lo mío. No lo hago porque me separe de ti sino, al contrario, porque te quiero».

¿Cómo comprender esta novedad radical? En todas las religiones Dios aparece como el omnipresente, el inevitable, que oprime. No se le escapa nada y lo sabe todo. Lo vigila todo y lo controla todo. Lo escucha todo, aun las cosas más secretas. Las conoce incluso antes de que se digan. Ahora bien, para Jesús éste es un dios falso. Porque el Dios verdadero es el que quiere tomar distancia, no porque haya dejado de amarnos, sino al contrario, por-

que desea confiar en nosotros y que nos acostumbremos al ejercicio de la libertad personal.

Encontramos ahí el gran proyecto anti-religioso de Jesús: hacer posible al hombre, es decir, un hombre emancipado y adulto. Quiere que el hombre aprenda a caminar solo, sin que se le lleve siempre cogido de la mano. Lo mismo que es necesario que el padre y la madre se retiren (aunque tengan los brazos bien abiertos) del hijo pequeño que vacila en sus primeros pasos, porque sólo aprenderá a andar si se suelta y así vivirá. Aprendizaje de la libertad porque el Señor quiere una persona adulta, liberada, descolonizada... «Marchad, os suelto de la mano, vivid, a mi imagen, como personas mayores...»

Segunda interpelación: ¿Somos capaces de hacer nuestro ese dicho preconizado por Bonhöffer: Ante Dios, vivir como si Dios no existiera, libres, adultos y responsables?

3. ¿Cómo recibir el mensaje de la no-violencia de Jesús?

«**H**ABEIS oído que se os dijo (en la ley del Talión): ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: si uno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra».

Nunca se apreciará suficientemente en qué medida la gran revolución de Jesús ha consistido en introducir la no violencia en la cultura de su tiempo y de su ambiente. Comienza aquí una extraordinaria calma, pero se abre también ante nosotros una zona de gran perplejidad.

La ley del Talión podía parecer en su tiempo como un inmenso progreso. Imponía unos límites claros al espíritu de venganza. Proponía una venganza controlada, ajustada con exactitud al tamaño de la ofensa, pero al mismo tiempo, el espíritu de violencia era el que en adelante tendría en la Palabra de Dios el derecho de ciudadanía. Jesús ha venido pura y simplemente a borrar de las Escrituras esta ley del Talión. En su lugar propone un perdón sin violencia, unilateral y sin condiciones. «Ofrécele también la otra mejilla». Este rincón del evangelio incrustado en la cultura de Israel va a causar enormes destrozos. Las grandes tradiciones se van a venir abajo. Ya no más cólera ni violencia. Ésta es la gran revolución: Abandonar el mundo violento de las venganzas para entrar en el de un nuevo perdón de las ofensas, un perdón sin violencia.

Lo anuncia con toda claridad el célebre episodio de Jesús y la mujer adúltera: toda la ley del Levítico queda anulada. Ya no más lapidación, no

más sangre derramada, no más muertes rituales. El Evangelio de Jesús anuncia y comienza el tiempo del perdón sin violencia.

Pero esto va a minar muy pronto el subsuelo sobre el que se había edificado la expiación por medio del sacrificio. ¿Cómo iba a poder convivir el evangelio de la no violencia con un sistema levítico que, para borrar la culpa, preveía el derramamiento de sangre? Decir no a la ley del Talión era querer abandonar la regla mercantilista del toma y daca: ojo por ojo, diente por diente.

Por esto, y ahora no es una interpelación sino una confesión, no me atrevo a decir del Crucificado que su muerte es un sacrificio. Tendría yo la impresión amarga de estarle traicionando, de olvidar su palabra. En el momento de su muerte y sobre su cuerpo moribundo me es imposible actuar como si Él no hubiese predicado su sermón del monte. Después de «la otra mejilla» no quiero oír hablar de un Dios del toma y daca, y no quiero conocer la lógica sacrificial ni de sangre por sangre ni de vida por vida.

Recuerdo que Jesús, poco antes de morir, se detuvo despacio en el templo de Jerusalén para ver cómo los fieles depositaban su ofrenda. Y he aquí que le impresionó tremendamente una viuda. Vino, anónimamente, a depositar su última moneda en el cepillo de las limosnas. Y Jesús dijo: Todos han dado de lo que les sobraba; pero ella ha dado en su escasez cuanto le quedaba para vivir (en el evangelio de Marcos, literalmente, toda su vida *{bios}*). Ya no le quedaba sino una cosa: morir.

Dos o tres días más tarde, cuando llegó su hora, creo que Jesús se encaminó a la muerte con este recuerdo emotivo en su memoria. Muy impresionado por la muerte de esta viuda, me parece que Jesús quiero morir como ella. Él, también él, lo entregó todo hasta la desnudez total. Cada uno es libre de preferir la carta a los Hebreos. Yo me quedo con el evangelio, y creo que con amarga tristeza pero sin rebeldía, sin ninguna sed de venganza ni cálculo mercantil del toma y daca, Jesús muere en un último acto de no violencia, de amor. ¿Por qué me has abandonado? Mira, aquí está mi mejilla izquierda. En esta ofrenda trágica de desnudez resuena el fin de la lógica sacrificial. No añadiendo nada más a esto, creo que soy fiel a lo que Jesús me ha dicho, a lo que ha vivido y a este último recuerdo que se ha llevado consigo a la muerte de la viuda del templo.

Otros podrán decir otra cosa. Pero creo poder decir: Jesús no ha muerto como el cordero degollado en el templo, sino como esta viuda anónima del templo, agotada de no tener ya nada para vivir. En la desnudez no violenta del amor. Por un perdón sin violencia alguna.

Y ahora, para terminar en la luz, una interpelación de día de fiesta.

4. No debemos olvidar que somos una Iglesia del día de Pascua

LO sé: el nacimiento de la Iglesia no es Pascua, sino Pentecostés. ¿Cómo olvidar este extraordinario estallido de la Palabra de Dios en todas las lenguas de entonces? Imaginemos ese cuadro fabuloso. Porque han llegado a anunciar el evangelio a los «otros» ya no pueden comprenderse «entre ellos». Porque se han convertido en misión, es decir, iglesia, su centro de gravedad ya no está dentro sino fuera. Ya no les es posible acuñar con toda precisión una formulación única y ortodoxa del evangelio. No hay ya una expresión normativa. Es necesario que acepten vivir en el riesgo de traducciones y expresiones diversas de los otros. Amo demasiado esta fiesta de Pentecostés como para olvidarla: sin embargo, creo que hay que acordarse también del día de Pascua: no se trataba aún de comunicar con los otros, sino de permanecer en comunicación con Jesús.

Acordaos de María Magdalena, llorando en el huerto cerca del sepulcro: Han quitado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto. La Pascua comienza así: una desaparición de Jesús. Pensamos: Hay relatos de apariciones del Resucitado. Cierto, pero hay que seguir leyendo hasta el final porque, en todos los casos, se trata en definitiva de relatos de desaparición.

Aquí, en este grito, está la Iglesia. Jesús ha desaparecido. Nadie sabe dónde está. Vamos, démonos prisa. Hace falta que, sin tardanza, salgamos a buscarlo. Y es así: como ya no tiene a Jesús, la Iglesia se va a convertir en Iglesia. Sale a buscarlo, obstinadamente, hasta el reino. La Iglesia no tiene a Jesús, pero quiere decididamente salir en su búsqueda. Es la Iglesia del desaparecido de Pascua.

¿Dónde buscarlo? No veo sino dos posibles caminos. Por un lado, en los textos antiguos que nos conservan los rasgos aún perceptibles de sus palabras. Hacer hablar a las Escrituras. Donde está su palabra, allí está siempre Jesús de Nazaret. Por otra parte, en esos lugares por descubrir donde él decía que había que reencontrar a sus hermanos más pequeños: los que tienen hambre y sed de un poco más de humanidad, los privados de libertad. La segundas pistas: los excluidos y los pobres.

Iglesia absolutamente sin fronteras, sin enclaves, sin relación muy pormenorizada de sus miembros. Iglesia siempre provisional y sin embargo que continuamente comienza de nuevo. Iglesia fluida, diseminada, en movimiento, en búsqueda. Iglesia que bulle de Iglesia. Iglesia pobre aunque, en algunos momentos, infinitamente rica.

Así comienza de nuevo cada una de las mañanas de nuestra vida, con el grito de María Magdalena: «Jesús ha desaparecido». Que cada uno, dejadas las demás cosas, se apresure para salir a buscarlo. Es ésta la Iglesia del desaparecido de Pascua. Es ésta mi iglesia, donde hay que vivir y trabajar, y encontrarse con las hermanas y hermanos compartiendo esta pasión de la búsqueda asidua del resucitado.

Última interpelación: no olvidar nunca esta iglesia del primer día, esta iglesia de la búsqueda absoluta del Resucitado.

Hemos expuesto cuatro preguntas, irritantes, que todo predicador tiene que afrontar: ¿Cómo abordar a Jesús, no como un dios, sino como un hermano? ¿Cómo vivir, ante Dios, como si no hubiera Dios? ¿Cómo vivir el evangelio del perdón sin violencia, sin sacrificio ni sangre derramada? ¿Y cómo seguir siendo, todavía y para siempre, esta iglesia apasionada en la búsqueda del Desaparecido en la Pascua?